

Discurso de contestación en la recepción de D. Dionisio Ortiz Rivas, en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, por D. Rafael Aguilar Priego, Académico de Número.

#### SEÑORES ACADÉMICOS:

Es para mí un honor inmerecido el haber sido designado por la docta Casa, para dar la bienvenida en nombre de ella, a nuestro compañero D. Dionisio Ortiz Rivas. No ha sido la designación por mi preparación matemática, que no pasa de lo que constituye el A. B. C. de esta ciencia; ni por mi representación en la corporación, de valor ínfimo; ni por otras muchas razones que están en la memoria de todos; ni mucho menos para poder decir algo que esté en consonancia con la magistral lección que del maestro acabamos de escuchar. Solo una razón justifica mi intervención en este acto íntimo con que don Dionisio ha querido venir a la Academia: el afecto que profeso a su persona y a su familia desde hace largos años, afecto que más tarde fué cambiando en cariño, cuando en años ya lejanos empecé a frecuentar su casa, ávido de sus maravillosas enseñanzas. Pero existe otro vínculo que a él nos une, es el recuerdo imperecedero que mi querido e inolvidable padre tenía siempre para don Dionisio, desde los tiempos ya idos en que también recibió sus enseñanzas, y del que me hablaba con singular emoción en las charlas íntimas que sosteníamos en nuestro primer monumento, en esos momentos de placidez espiritual en que padre e hijo se funden en un solo pensamiento y en un solo corazón. Esto explica, señores, mejor que nada, el porqué me encuentro en este trance superior a mis fuerza y a mis facultades.

No me es desconocida la obligación que en estos momentos tengo de hacer una exposición de la personalidad científica del beneficiario. Más ¿para qué? Sus trabajos publicados en nuestro «Boletín», los muchos inéditos y el que acabamos de oír, son altamente elocuentes y expresan mucho mejor que yo pudiera hacerlo, esa personalidad y valía en el campo de las Ciencias Matemáticas, que le colocan a la misma altura de los grandes maestros de esta disciplina.

En ella hace continuas observaciones y deduce y generaliza; y descubiertos y conocidos los hechos por la observación, los compara entre sí, halla analogías que los relacionan y diferencias que los separan y estas analogías y estas diferencias le llevan a distinguirlos, determinando su naturaleza. Este trabajo fruto de la clara inteligencia de don Dionisio, lo ha llevado a descubrir en ciertos números propiedades congénitas, con las que forma la base de algunos de sus trabajos más celebrados. Y con el mismo tesón se ha dedicado a la enseñanza, con método de auténtico pedagogo, en el que la intuición ha jugado el papel principal, ha sido el centro alrededor del cual han girado todas sus lecciones, por que si la intuición es luz, claridad, cuanto más iluminada esté una idea, tanto mejor será comprendida. Esto naturalmente no es ninguna novedad. ¿Qué una idea no se comprende bien? ¿Estaba algo confusa? ¿Qué hacer? Pues señores pedimos luz, más luz. ¿Quién la da? El maestro don Dionisio, con su bondad sin límites y con sus maravillosos recursos didácticos, hasta que hace comprender a sus alumnos los temas más áridos, los problemas más enrevesados y difíciles, las cuestiones más áridas, hasta que con claridad meridiana hace ver todo su andamiaje, todo el artificio de aquello que a primera vista parece incomprendible.

Vosotros recordareis que, cuando eramos incipientes estudiantes, era terrible contar solamente el número de líneas que tenía la pregunta; pero más terrible aún que después de aprenderla no sabíamos practicarla. Pues bien, en las clases de don Dionisio todo se comprendía en un par de lecciones, por uno de esos chispazos de ingenio tan característicos suyos, propios del maestro artista.

Es el señor Ortiz Rivas una de las figuras señeras de nuestra nómina de académicos y un ingente cordobés que con sus investigaciones y creaciones honra a la ciudad que le vió nacer. En ella hizo sus primeros estudios, pasando más tarde a Madrid, en cuya Universidad dió claras pruebas de su superior inteligencia, destacando muy pronto entre sus condiscípulos que le admiran y quieren, tanto por su aprovechamiento en el estudio como por su bondad y trato afable. Son los días de desbordante juventud y de halagüeñas esperanzas en un porvenir que será fruto de muchas vigiliadas consumidas en el trabajo a cambio de no pocas privaciones de sana expansión que la vida estudiantil de la Villa y Corte ofrecía a los estudiosos y a los no habituados al trato con textos universitarios. Pero don Dionisio, de carácter y temple propios del prototipo de nuestra raza, sabe sus-

traerse al influjo de cuanto le rodea y no vive ni alienta nada más que para el estudio y los libros, que al par van formando su recia personalidad.

Otros centros docentes tales como los Institutos de Sevilla y Córdoba; Escuela Superior de Artes e Industrias y Bellas Artes de Cádiz; Colegio de Segunda Enseñanza de Osuna y el de Nuestra Señora del Carmen de Utrera, son jalones de sus estudios, en los que cada vez va superándose más y más hasta alcanzar ya una representación y un prestigio envidiable. El se ha adentrado ya, al escalar la cima en estas etapas, en el campo histórico de las matemáticas, cuyo conocimiento le abre horizontes insospechados para la realización de las ideas que bullen en su mente privilegiada. Sabe que el origen de las matemáticas se pierde en la noche de los tiempos, como se deduce del gran número de testimonios que han llegado hasta nuestros días, entre los que se nos revela el que los antiguos egipcios desde 5.000 años antes de Jesucristo conocían ya la Aritmética, la Geometría y la Agrimensura. También a los caldeos y asirios les eran conocidas las matemáticas con mayor o menor amplitud, como asimismo a los antiguos pueblos de la India y aún de la misma China, pues de otra manera difícil es comprender las construcciones monumentales que todos ellos levantaron, algunas de las cuales han llegado hasta nuestro siglo.

Pero los grandes maestros de las matemáticas fueron los griegos que las elevaron a la categoría de Ciencias. Basta recordar los nombres de Tales de Mileto, Pitágoras, Platón, que consideraba a las matemáticas como introducción indispensable a toda filosofía; Euclides, Arquímedes de Siracusa, Erastóstenes, Apolonio de Pergeo y tantos otros que con sus enseñanzas, y a pesar de tan lejanos siglos, siguen en lugar preeminente en el anchuroso campo de esta ciencia. Los romanos no supieron de ella más que lo que aprendieron de los griegos, ya que prestaron su atención a otras materias por lo que ésta de los números nada le debe; en cambio los árabes la cultivaron con gran acierto y éxito.

Durante la Edad Media, la ciencia matemática desciende de la gran altura en que la habían colocado los griegos, pues aunque se cultiva en el siglo VII, ya no es con aquel grado de esplendor. No obstante en el siglo X cabe destacar el nombre del Papa Silvestre II, organizador de nuestro sistema actual de numeración, y en los siglos posteriores sobresalen nombres de fama imperecedera que dieron de nuevo a estas ciencias un gran impulso, merced al cual, a

partir del siglo XVII vuelven a florecer notablemente las matemáticas; todo hace presagiar la vuelta a la brillantez de pasados tiempos, con la consiguiente superación en su desarrollo progresivo, al que contribuyen de modo definitivo y eficiente el monje Jerónimo Buenaventura Cavalleri, discípulo de Galileo, Newton, Descartes y otros ingenios que aportan nuevos y trascendentales inventos o bien son autores de obras de máximo interés, como la de Juan Wallis, titulada «Aritmética de los Infinitos».

En la centuria siguiente aparecen D'Alembert, Laplace y Tomás Sipsón, cada uno de por sí capaz de llenar con su nombre todo un período glorioso de esta ciencia, que por su misma grandiosidad nos eleva más y más a las regiones donde se asienta la ciencia infinita del Supremo Hacedor, al par que nos muestra la pequeñez de la inteligencia finita de su criatura.

La característica del siglo XIX es el estudio de las matemáticas puras, al que prestan su valiosísima aportación figuras tan relevantes como Gauss, Rieman Poncelet, etc., en el exterior y los españoles García Galdeano, Echegaray, Torroja y nuestro ilustre paisano Rey Heredia. En nuestros tiempos, y circunscribiéndonos exclusivamente al área nacional, contamos con José M.<sup>a</sup> Plans, autor del primer tratado de Cálculo diferencial absoluto; Julio Rey Pastor y Esteban Terradas, que con otros nombres no menos ilustres mantienen en alza el prestigio de nuestra patria, junto a las figuras señeras que ennoblecen la universal historia de esta ciencia.

El señor Ortiz Rivas encaja con absoluta precisión en la línea de estos grandes matemáticos, porque él ha sabido asimilar los principios básicos que sentaron estos genios y de ellos sacar provechosísimas enseñanzas que le han llevado a la composición de numerosos trabajos y a la invención de sistemas totalmente nuevos de aplicación al cálculo. Y así tenemos la «Tabla de Logaritmos a cuatro decimales», «Primer tomo de la Aritmética de Operaciones abreviadas» favorablemente informada por esta Real Academia, como así mismo lo fué el trabajo aún inédito titulado «Areas y Volúmenes». Con este carácter esperan el momento de ver la luz pública «Varios casos de construcción de triángulos» y multitud de trabajos referentes a operaciones abreviadas de carácter aritmético.

Para los familiarizados con la lectura de nuestro BOLETIN, honra y orgullo de nuestra Corporación y de nuestra ciudad, saben de los trabajos de don Dionisio, como son «Método para sumar con faci-

lidad y rapidez». «Cálculo del logaritmo de un número a cuatro decimales, sin necesidad de tablas», «Principios de la Teoría de la Transformación Numérica», «Ley de la Revolución de los Planetas alrededor del Sol y tiempos de su revolución», «Divisibilidad del número 57», y en el Boletín del Colegio Pericial Mercantil algunos artículos sobre Abreviación numérica. No limitan estos trabajos que acabamos de enumerar la actividad del señor Ortiz Rivas, sino que la voz y enseñanzas del maestro se han dejado oír en el Congreso de Ciencias que se celebró en Córdoba en 1944, en el desarrollo de una magistral conferencia que dió sobre «Radicación Abreviada y Rapidísima»; en aquellas otras conferencias que pronunció en los Cursos para ingresos en el Magisterio Nacional, que tuvieron lugar en nuestra ciudad el año 1931, que causaron la admiración y el asombro de todos los asistentes, de que somos testigos de mayor excepción, por ser en los que ingresamos en el sufrido cuerpo de educadores primarios nacionales; las dadas en la desaparecida Casa Social Católica y en otros muchos centros de enseñanza, sin catalogar las habidas en escuelas y academias, que en constante emulación se apresuraban a llevarle a su seno, ávidas de escuchar siempre sus sabias enseñanzas.

Unido a esto va la legión de alumnos por él formados en esta disciplina, de varias generaciones de cordobeses, que hoy día proclaman orgullosos su condición de discípulos de don Dionisio, porque al hacerlo se honran a sí mismos, al par que rinden homenaje al que supo, con honradez personal y profesional, guiarlos por el camino recto de la virtud y el deber.

¿Mas es conocido cual se merece y es acreedor por su inteligencia, saber y laboriosidad este hombre singular? Desgraciadamente, nó. Si buscamos las causas de ello no encontramos otra que lo justifique sino su modestia innata y su total apartamiento de todo ese aparato ficticio en que hay que moverse en esta vida, fuera de cuya órbita en la mayoría de los casos no se reconocen y justiprecian los méritos propios en su verdadero valor. Nuestro nuevo compañero los tiene sobrados para brillar al lado de los prohombres de la ciencia matemática.

Tres puntos polarizan la vida de este hombre que dicen bien a las claras de su espíritu superior y selecto: su amor a Dios, al trabajo y la familia. Dentro de esta trilogía se desenvuelve toda su vida, con tal rectitud que constituye un ejemplo para todos sus convecinos. En

las prácticas religiosas nos da acabada lección de ferviente creyente; en el trabajo y en el estudio nos dice de una superación constante, y en su amor al hogar nos muestra la visión grandiosa de su modo de ser. Un hombre que tiene como postulados de su existencia estos tres puntos que íntegramente los desarrolla, atrae sobre sí el respeto y admiración de todos sus semejantes que sienten ansias de perfeccionamiento. Nunca las vicisitudes de la vida han abatido su espíritu, forjado en el crisol de los grandes sacrificios y abnegaciones, de los que ha salido con el temple de los que poseen en alto grado; y esta conjunción de valores en la persona del señor Ortíz Rivas hacen de él un perfecto caballero y hombre de bien, con cuya amistad nos honramos y que enaltece esta casa con su presencia.

Mi querido maestro: las circunstancias me han deparado la alegría de daros la bienvenida al seno de esta Corporación en nombre de sus miembros; aceptad junto con ella el reconocimiento de uno de vuestros discípulos que siempre os tuvo el respeto, admiración y cariño debidos a quien en días ya pasados supo en todo momento ser nuestro maestro y consejero, y más que nada corazón abierto a nuestras inquietudes juveniles, que fué encauzando con sabia prudencia y el admirable ejemplo de virtudes que en tan elevado grado atesora.

He dicho.

